



C. Staal del.

Imp. Ch. Chardet, rue de la Harpe.

M. Goussier sc.

MADAMA
DE MAINTENON (1)

Acabo de leer una obra cuya lectura sabrosa, amena, patética por momentos, da reposo y hasta elevacion al ánimo, obra que todo el mundo querrá haber leído como yo. Se trata aun en ella de madama de Maintenon, pero de madama de Maintenon mirada esta vez por su lado más positivo y que ménos se presta á las discusiones, considerada en su obra y su fundacion de Saint-Cyr. El señor duque de Noailles dió á luz, hace ya algunos años (1843), un opúsculo interesante por el cual preludió á su Historia de madama de Maintenon; pero hoy publica M. Teófilo Lavallée una Historia de la Casa de Saint-Cyr, completa y no interrumpida, que puede decirse en definitiva.

M. Lavallée se habia dado á conocer hasta ahora muy honoríficamente por diversas obras concienzudas y útiles, escritas con mucha precision y firmeza. Su *Historia de los Franceses desde el tiempo de los Galos hasta 1830*, reimpressa hasta la novena edicion, presenta en cuatro tomos el compendio más sucinto y sustancial de nuestros ana-

(1) *Historia de la Casa real de Saint-Cyr*, por M. Teófilo Lavallée.

les; el entendimiento exacto del autor ha sabido reducir todos los hechos á este breve espacio sin omitir nada importante ni digno de atención, y, ¡mérito raro! la obra conserva interes en medio de esta condensacion continua y se hace leer. Agregado como profesor á la Escuela militar de Saint-Cyr, M. Lavallée ha sido conducido naturalmente á inquirir los orígenes y alternativas diversas de esta casa, y ha encontrado en Versálles, sea en la biblioteca del seminario, sea en los archivos de la prefectura, gran número de recopilaciones y piezas originales que permiten dar base cierta á la relacion más circunstanciada. Al acometer esta delicada tarea, ha llevado á ella su rigidez de historiador, y en cambio, el asunto que ha tratado le ha prestado su amenidad y elegancia, resultando de ello un hermoso libro, acompañado de cuanto puede realzarle, plan, vistas, grabados, y sobre todo, formado y nutrido en cada página de ese excelente idioma del siglo XVII, que llevó á su perfeccion madama de Maintenon y que hablaron las primeras alumnas de Saint-Cyr.

Á M. Lavallée le ha sucedido, al estudiar á madama de Maintenon, lo que sucederá á todos los hombres de recta intencion, pero prevenidos todavía (tales cuales suelo encontrar yo alguna vez), que se acerquen á esa persona distinguida y se tomen el cuidado de conocerla en su vida habitual: no diré que se ha convertido á ella, pues esto no daria idea cabal de la primera impresion meramente equitativa que recibe un espíritu recto; sino que hace el caso debido de ese cúmulo de imputaciones fantásticas y odiosamente vagas que han circulado largo tiempo acerca del supuesto papel histórico representado por esa mujer célebre. La ha visto tal cual era, ocupada enteramente en la salvacion del rey, en su reforma, en su recreacion decente, en las interioridades de la familia real, en el alivio de los pueblos, y haciendo todo eso, verdad es, con más rectitud que efusion y con más exactitud que grandeza; en fin, ha resumido su juicio acerca de ella en términos precisos, en el momento de acompañarla en su obra de ternura y predileccion:

« Madama de Maintenon, dice, no ha ejercido pues en el ánimo

de Luis XIV la influencia maléfica que le atribuyen sus enemigos: sus miras no fueron vastas, no le inspiró grandes cosas; limitó so- bradamente su pensamiento y su mision á la salvacion del hombre y á los asuntos religiosos: hasta se puede decir que en muchas circunstancias empequeñeció al gran rey; pero no le dió sino consejos sanos, desinteresados, útiles para el Estado y beneficiosos para el pueblo; en suma, hizo á la Francia un bien efectivo con reformar la vida de un hombre cuyas pasiones habian sido divinizadas, y con arrancar de una vejez licenciosa á un monarca que, segun Leibniz, resumia el destino de su siglo », y haciéndole por último capaz de soportar « con semblante siempre igual y verdaderamente cristiano », los desastres del fin de su reinado. »

Luego, en el umbral de Saint-Cyr, M. Lavallée ha tenido cuidado de colocar tambien un retrato de la ilustre fundadora, en el cual revive esa gracia, tan verdadera, tan sombría, tan indefinible, y que, expuesta á desaparecer de léjos, debe tenerse siempre presente cuando por momentos nos parece su figura algo desabrida; este retrato se lo toma á las Damas de Saint-Cyr cuya pluma, por su vivacidad y colores, es digna esta vez de una Caylus ó de una Sévigné: « Tenia (hácia los cincuenta años), dicen estas Damas, el timbre de voz más agradable, un tono afectuoso, una frente franca y risueña, el gesto natural de la mano más bella, ojos de fuego, los movimientos de un talle libre tan afectuoso y tan regular que oscurecia á las más bellas de la Corte... La primera mirada era imponente y como anublada por la severidad; pero la sonrisa y la voz rasgaban la nube... »

En su pensamiento completo, Saint-Cyr no fué solamente una pension primero, luego un convento de doncellas nobles, una buena obra al par que un solaz de madama de Maintenon, sino una cosa más altamente concebida, una fundacion digna en todo de Luis XIV y de su siglo. M. Lavallée hace constar muy bien desde las primeras páginas el carácter histórico y político de Saint-Cyr, y su enlace con las grandes cosas de fuera. Sobre todo durante la segunda mitad del reinado de Luis XIV, la Francia se vió obligada, aun en tiempo de paz, á

conservar su actitud militar imponente, una fuerza armada de 150,000 hombres sobre las armas. Louvois introducía en este gran cuerpo la organización moderna; pero faltábale la base esencialmente moderna, la contribución igual y regular de todos al servicio militar. La nobleza que era y continuaba siendo el alma de la guerra, se veía por primera vez sujeta á reglamentos estrictos y á obligaciones continuas que chocaban con sus hábitos y agravaban sus cargas. El soberano contraía, pues, nuevos deberes para con ella, y Luis XIV que lo reconocía tuvo empeño en cumplirlos: 1º fundando el hotel de los Inválidos, una parte del cual fué conservado para los oficiales ancianos ó heridos; 2º formando compañías de cadetes que se ejercitaban en las plazas fronterizas, donde se educaban 4,000 hijos de nobles; y 3º, en cuanto madama de Maintenon le hubo sugerido la idea, fundando la casa real de Saint-Cyr, destinada á la educación de 250 señoritas nobles y pobres. El establecimiento de la Escuela militar hácia mediados del siglo siguiente, cuyo principal honor toca á Paris-Duverney, fué el complemento necesario de estas fundaciones monárquicas y reemplazó á lo que tenían de insuficiente las compañías de Cadetes. Todo este ramo de la educación militar será examinado por M. Lavallée en otra obra titulada *Historia militar de Saint-Cyr*; no era inútil manifestar desde luego su relación y enlace.

Saint-Cyr no debía elevarse á tanta altura, según la primera idea de madama de Maintenon. Sinceramente religiosa, ella que había recibido salido de la indigencia, merced á los beneficios del rey, quiso que parte de estos redundaran en provecho de otras que eran pobres como ella lo había sido. La idea de socorrer á las señoritas nobles y pobres para preservarlas de los peligros á que ella misma había estado expuesta, fué en ella muy antigua y muy natural; la miraba como una deuda y un rescate ante Dios de su gran fortuna. En primer lugar, favoreció á algunas jóvenes cuya pensión pagaba en Montmorency y después en Rueil, donde dió mayores proporciones á su buen pensamiento. Siempre había sido muy aficionada á educar niñas, enseñarlas, reprenderlas y morigerarlas: era una de sus cualidades más peculiares

y sobresalientes: « Tengo grande impaciencia, escribía á madama de Brinon, la primera directora de estas alumnas, por ver á mis chiquitas y encontrarme en su establo... Siempre vuelvo de allí más apasionada de ellas... » De Rueil fué trasladado el colegio á Noisy, donde continuó desarrollándose; madama de Maintenon dedicaba á él todos los instantes que podía alejarse de la Corte. Ya comenzaba á felicitarse de su buen éxito: « Figuraos ¡cuál no será mi placer, escribía á su hermano, cuando vuelvo á lo largo de la avenida seguida de ciento ochenta señoritas que están allí actualmente! »

Madama de Maintenon era muy á propósito para este gobierno interior y doméstico; no solamente tenía el arte y el don que requiere, sino que saboreaba todo el placer que resulta de él. No es razón esta para que se estime en ménos su mérito, pues no porque buscara el reposo en la acción, las delicias en la familiaridad y en la autoridad misma, ni porque ese amor propio de que jamás se desprende la persona fuera halagado, debe admirársela ménos. Un antiguo poeta, Simónides de Amorgos, en una Sátira contra las mujeres, las comparó, cuando son malas, por sus defectos dominantes, á una especie de animales (esos Antiguos eran poco galantes); pero cuando vuelve á la mujer cuerda, útil, frugal, industriosa, diligente y fecunda, no encuentra con quien compararla como no sea con la abeja. Madama de Maintenon, en el seno de esos establecimientos cuya alma y madre era y cuya colmena ordenaba en todos sentidos, puede ser comparada con esa abeja infatigable. Tal había sido toda su vida en las casas donde había vivido en calidad de amiga, poniendo orden, aseo y decencia en ellas, difundiendo en derredor suyo amor al trabajo, á la par que haciendo honor en seguida al espíritu de urbanidad y de sociabilidad. ¿Pues qué será cuando esté en su casa, en su fundación propia, en su colmena predilecta, con todo su júbilo y orgullo de reina de las abejas y de madre, después de haber conseguido producir el perfecto ideal que existía en ella?

Este ideal era patriótico y cristiano al mismo tiempo: cierto día, en una conversación cuyos términos han sido recogidos por sus pia-

dosas alumnas, despues de haberles hablado de todo lo que habia habido de poco meditado y no previsto en su gran fortuna en la Corte, dijo con una vehemencia y un fuego que no se esperaba encontrar en ella, pero que lo tenia cuando se trataba de su asunto predilecto :

« En eso sucede lo que en Saint-Cyr, que ha llegado insensiblemente á lo que veis que es hoy. Os lo he dicho ya reiteradas veces, » no me gustan los nuevos establecimientos, y opino que valdria más » sostener los antiguos. Sin embargo, casi sin pensarlo, resulta que » he formado uno nuevo. Todo el mundo cree que, con la cabeza sobre » mi almohada, he discurrido este bello plan, y eso no es verdad. » Dios ha conducido á Saint-Cyr á este estado por grados. Si » hubiese formado un plan, se me habrian representado todos los tra- » bajos de la ejecucion, todas las dificultades y todos los pormenores, » y espantada de todo ello, hubiera dicho : Eso es muy superior » á mis fuerzas, y me habria faltado valor para proseguir. Mucha » compasion hácia la nobleza indigente, porque yo misma habia sido » huérfana y pobre, y un poco de conocimiento de su estado, me » hizo discurrir el medio de asistirle durante mi vida. Pero al proyectar » hacer todo el bien posible, no proyectaba hacerlo aun despues de » mi muerte. Esta no fué sino la segunda idea nacida del éxito de la » primera. *¡Ojalá dure este establecimiento tanto como la Francia,* » *y la Francia tanto como el mundo!* Nada es para mí más querido » que mis hijas de Saint-Cyr; todo lo amo en ellas, hasta su polvo. » Me ofrezco con toda mi gente para servirles, y nada me costaria » ser su criada, con tal que mis cuidados les enseñasen á prescindir » de ella. Hé ahí adonde tiendo, hé ahí mi pasion, hé ahí mi corazon. »

El año mismo de su casamiento con el rey (1684), y como impelida por un reconocimiento interior hácia el Cielo, fué cuando se dedicó á perfeccionar el ensayo de Noisy y darle esa primera forma ya enteramente real que tomó desde su traslacion á Saint-Cyr. Hizo presente al rey, despues de una visita á Noisy, de la cual habia quedado muy satisfecha, que « la mayor parte de las familias nobles se hallaban reducidas á un estado lastimoso por los gastos que sus jefes se habian

visto precisados á hacer en su servicio; que sus hijos tenian necesidad de ser sostenidos para que no quedaran reducidos al más completo abatimiento, que sería obra digna de su piedad y grandeza fundar un establecimiento sólido que sirviera de asilo á las pobres señoritas nobles de su reino, y en el cual recibieran una educacion piadosa y aprendieran todos los deberes de su condicion. » El Padre La Chaise apoyaba el proyecto; Louvois clamaba contra el gasto, y el mismo Luis XIV parecia indeciso : « Jamas reina alguna de Francia, decia, ha hecho nada semejante. » Por ese medio, y solamente por ese, pretendia en efecto madama de Maintenon manifestar su próxima, secreta y eficaz soberania.

La idea de la fundacion de Saint-Cyr fué adoptada, y el rey habló de ello al Consejo el 15 de agosto de 1684; pasaron dos años, durante los cuales se edificó la casa, se arreglaron las dotaciones y las rentas y se prepararon las Constituciones. Las letras patentes fueron expedidas el mes de junio de 1686, y la Comunidad fué trasferida de Noisy al nuevo domicilio, del 26 de julio al 4º de agosto. Los seis años siguientes, durante los cuales se estuvieron haciendo ensayos y se anduvo, por decirlo así, á tientas, fueron no obstante de los más brillantes y aun de los más gloriosos, y nunca metió más ruido Saint-Cyr que en ese tiempo en que todavía no se habian echado sus más sólidos y seguros cimientos. Madama de Maintenon habia ideado una casa que no se pareciera á ninguna otra, donde se observara la regla sin que la hicieran obligatoria votos absolutos, donde no hubiera nada de las pequenezes y minuciosidades de los conventos, y donde se conservase no obstante, con la pureza, la ignorancia del mal, participando por otra parte, con prudencia y bajo la cautela cristiana, de toda la flor de la urbanidad y del mundo. Luis XIV, que veía las cosas con un sentido práctico y en interes del Estado, aprobaba que la casa de Saint-Cyr nada tuviera de monástica y hubiera querido conservarla así; pero habia en el primer ensayo de madama de Maintenon y en esa mezcla de solidez, de razon y de amenidad una medida imposible de observar; habria sido menester para ello que todas las maestras y dis-

cípulas tuvieran tanta cordura y fuerza de voluntad como ella misma. Educar á las señoritas « cristiana, razonable y noblemente », era el objeto; pero era de temer que ese *noblemente* condujera al menosprecio de la humildad, y que ese *razonablemente* llevara á la necesidad de razonar. En estos años de ensayo, de primer vuelo y de aprendizaje de Saint-Cyr es cuando madama de Maintenon pidió á Racine que compusiera comedias sagradas y cuando tuvieron lugar las representaciones de *Esther*. Si *Esther*, con sus consecuencias mundanas y lo selecto de los profanos que introducía, fué una distracción, quizás una imprudencia y una falta del primer Saint-Cyr, debe suponerse que no seremos nosotros los que hagamos cargo por ello, y nadie en el mundo tendrá valor para vituperarlo, pues *Esther* fué y continúa siendo en concepto de todos la corona de la casa. Los detalles de la composición de esta deliciosa pieza y de las representaciones que de ella se hicieron son demasiado conocidos para que volvamos á hablar de ello: forman uno de los más graciosos episodios, y el más virginal ciertamente de nuestra literatura dramática. No obstante, madama de La Fayette, como persona sensata, y quizás un tanto envidiosa de madama de Maintenon, veía en ella algun pretexto para decir:

« Madama de Maintenon, fundadora de Saint-Cyr, siempre ocupada en el designio de divertir al Rey, hace hacer con frecuencia alguna cosa nueva á todas las niñas que se educan en esa casa, de la cual puede decirse que es un establecimiento digno de la grandeza del Rey y del entendimiento de la que lo ideó y lo dirige; pero á veces las cosas mejor instituidas degeneran notablemente, y ese sitio que, ahora que somos devotos, es la mansion de la virtud y de la piedad, podrá algun dia, sin penetrar en su profundo porvenir, ser la del libertinaje y de la impiedad. Pues figurarse que trescientas jóvenes que residen allí hasta los veinte años y que tienen á su puerta una Corte llena de perillanes, sobre todo cuando la autoridad del Rey deje de mediar; el creer, digo, que tantos jóvenes de ambos sexos estén tan cerca unos de otros sin saltar las tapias, eso casi no es razonable. »

Era pues esencial, despues del éxito de *Esther* y de la excitacion producida en la Corte, dar un paso atras y volver á entrar en el espíritu de la fundacion, fortaleciéndola con más rígidos reglamentos. El peligro, en la vecindad de Versálles, era grande efectivamente; importaba mucho que la prediccion de madama de La Fayette no pudiera realizarse nunca, ni que las señoritas de Saint-Cyr se parecieran en ningun tiempo á las de Alejandro Dumas. La moral que madama de Maintenon sacó de las representaciones de *Esther* y de la invasion de los profanos fué en adelante decir y repetir incesantemente á sus Damas: « Esconded vuestras muchachas y no dejéis que las vean. »

Del paso de Racine y de Fenelon por Saint-Cyr, resultaron (siempre bajo el punto de vista de la fundacion y del objeto) varios inconvenientes en medio de tantas gracias. Fenelon propagó allí el gusto á la devocion delicada, sutil, al uso de las almas selectas; Racine hizo nacer, sin quererlo, la aficion á las lecturas, á la poesia y á esas cosas cuyo perfume es tan suave, pero cuyo fruto no siempre es saludable. Madama de Maintenon, no obstante el alto concepto que de ellos tenía, reconocia con su buen sentido que era menester poner remedio á no dejar que abundaran en este númen inteligencias tan jóvenes y tiernas, algunas de las cuales comenzaban á aficionarse á él. Habia entre estas primeras alumnas y maestras de Saint-Cyr una llamada madama de La Maisonfort, mujer distinguida, espíritu curioso, amigo de inquirir, pero cuyo cuadro no era el que se habia escogido; no podia resolverse á renunciar á la ternura de su corazon, ni á la delicadeza de su ingenio y de su gusto. Madama de Maintenon le hacía la guerra por ello en cartas bellísimas que no la convencian: « ¿Cómo podréis sobre llevar, le escribia, las cruces que Dios os envíe durante vuestra vida, si os detenéis á mirar que el acento es normando ó picardo, ó si os repugna un hombre porque no es tan sublime como Racine? Os hubiera edificado el pobre hombre si hubieseis visto su humildad en su enfermedad y su arrepentimiento sobre este alambicamiento del espíritu. No llamó entónces á un confesor que estuviera de moda, y se contentó con ver á un buen cura de parroquia. » Este ejemplo de Racine mori-

bundo no producía efecto. Madama de La Maisonfort era una de esas personas raras, tales como suele haberlas en todo tiempo, que se dirigen desde luego á la cumbre de todas las curiosidades de su época, para ser los jueces supremos y refinados de las obras del ingenio, los oráculos y prosélitos de las opiniones que están más en boga: hubiera defendido gustosamente el jansenismo con Racine ó con M. de Treville, como destilaba quietismo con Fenelon, como en el siglo xviii se hubiera prendado de David Hume con la condesa de Boufflers, como en el siglo xix hubiera brillado en un salon doctrinario, discutido sobre la psicología ó la estética y remontádose quizá hasta los Padres de la Iglesia, no sin tantear de paso al socialismo. Madama de La Maisonfort, á pesar de la estimacion en que la tenía madama de Maintenon, tuvo que ser separada del Instituto de Saint-Cyr.

Otro entendimiento mucho mejor y más seguro, madama de Glapion, adolecía tambien un poco de la misma falta: « Bien he echado de ver, le escribía madama de Maintenon, la repugnancia que os inspiran vuestros confesores, los cuales os parecen groseros; quisierais hallar en ellos más brillantez y delicadeza, é ir al Cielo por un camino sembrado de flores. » Madama de Glapion opinaba que el Catecismo era algo rastroso y tambien algo corto en ciertos puntos; encontraba ridículo « que el maestro hiciera preguntas dignas de un escolar, y que el escolar diera respuestas de maestro. » Hubiera querido que la pregunta fuera hecha por el niño y que, en vista de la respuesta que se le diera, razonara y avanzara así de *curiosidad en curiosidad*. Por lo visto madama de Glapion habria deseado introducir algo del método de Descartes en el Catecismo. Madama de Maintenon no discutía, pero oponía el uso, la experiencia, la imposibilidad de no tartamudear en tales materias: « Todas esas ideas, le decía, son restos de vanidad: no quisierais cosas comunes á todo el mundo, y como tenéis elevada inteligencia, quisierais las cosas que lo fueran tanto como ella: ¡inútil deseo! la teología más sábia no puede hablaros de la Trinidad de otro modo que vuestro Catecismo. Vuestra repugnancia á enseñar á los niños de una manera chocante verdades comunes, ó de una manera

humilde verdades sublimes, es tambien motivo de sacrificio. Emplead vuestra inteligencia, no en multiplicar vuestras repugnancias, sino en vencerlas, en ocultarlas miéntras son vencidas y en aficionaros á los placeres de vuestro estado. » Madama de Glapion lo consiguió; fué el consuelo de madama de Maintenon y su heredera más segura; ella y madama de Peyrou mantuvieron el espíritu de exactitud y regularidad al mismo tiempo que la urbanidad y nobles modales de la fundadora, aun mucho despues de su muerte. En suma, las personas de esa generacion que habian saboreado los escritos de Fenelon y Racine, y los recordaban no obstante estar ya curadas de esa afición, realizaron solas la perfeccion de la educacion, de la gracia y de la lengua de Saint-Cyr: despues, todavía se conservaron las virtudes esenciales y las reglas, pero se habia desvanecido el encanto y tambien la vida quizas.

Durante estos años de labor y de ensayo, no cesaba madama de Maintenon de visitar, animar y corregir en Saint-Cyr: iba allí lo ménos cada dos días y cuando podía los pasaba enteros. Se mezclaba á las clases, á los ejercicios y á los menores servicios de la casa, sin que ninguno le pareciera inferior á ella: « Con frecuencia la he visto, dice una de esas modestas historiadoras citadas por M. Lavallée, llegar ántes de las seis de la mañana, á fin de hallarse presente al levantarse de la cama las señoritas, y continuar en seguida todo su día en calidad de primera maestra, para poder juzgar mejor lo que se habia de hacer y establecer. Ayudaba á peinar y vestir á las chiquitas, pasaba dos ó tres meses seguidos en una clase, hacía observar en ella el órden del día, les hablaba en general y en particular, reprendía á la una, estimulaba á la otra y proporcionaba á otras los medios de corregirse. Era muy graciosa para hablar como para todo lo que hacía: *sus discursos eran vivos, sencillos, naturales, inteligentes, insinuantes y persuasivos*. No acabaría jamas si quisiera referir todo el bien que hizo en las clases durante estos tiempos venturosos. » — Estos *tiempos venturosos*, esta edad de oro, son como siempre los *estrenos*, los preludios, la época en que no está todavía todo redáctado

y en que cierta libertad de *inexperiencia* se mezcla á la primera frescura de las virtudes.

Sin embargo, bajo la direccion del prudente obispo de Chartres, Desmarets, madama de Maintenon hubo de pensar en los medios de que su fundacion se singularizara ménos de lo que primitivamente se habia propuesto; decidióse por lo tanto que las Damas institutoras, sin dejar de permanecer fieles á la especialidad de su cometido, fueran en adelante religiosas regulares y pronunciaran votos solemnes. Advertida por las primeras inobservancias y los leves caprichos que habia visto despuntar, se ocupó en formar un baluarte para sus jóvenes con sus Constituciones y su regla. Como todas las fundadoras, comprendió que no se llega á sacar de la naturaleza humana partido singular y extraordinario en un punto sino suprimiéndola ó estrechandola por todos los demas lados. Esta reforma definitiva, esta trasformacion de Saint-Cyr, de una casa secular en un monasterio regular, se verificó de 1692 á 1694. El carácter grave de madama de Maintenon está impreso en cada línea del librito dirigido á las Maestras y titulado: *Espíritu del Instituto de las Hijas de San Luis*. La primera recomendacion que se les hace en términos los más absolutos que sea posible imaginar, es que jamas se ha de cambiar ni modificar nada en su regla bajo ningun pretexto: solidez, estabilidad, inmovilidad, tales eran el deseo y la órden de madama de Maintenon, y el Instituto ha permanecido fiel á ellos hasta el último dia. El Instituto no fué fundado para la oracion, sino para la *educacion de las señoritas*; esa era la verdadera austeridad y, en cierto modo, la oracion perpétua que bastaba alimentar con otras oraciones rápidas, cortas y repetidas á menudo en el fondo del corazon. « Una mezcla de oraciones y acciones », tal era el espíritu del Instituto. Madama de Maintenon procuraba precaver á sus hijas de los peligros que ya habian encontrado: « No tengáis capricho ni curiosidad por buscar lecturas extraordinarias y *alicientes de oracion*. » — « Hay gran diferencia entre conocer á Dios por la ciencia, *por la agudeza del ingenio*, por la sutileza de la razon y por la multiplicidad de las lecturas, á conocerle por las sencillas instrucciones del Cristianismo. »

Me parece que estoy leyendo en el blanco de las líneas en caracteres más distintos: « ¡Sobre todo no mucho Racine y ya no más Fénélon! »

El pensamiento elevado consistia en que, estando destinadas las Maestras de San Luis á educar señoritas que habian de llegar á ser madres de familia y tomar parte en la buena crianza de los niños, tenían en sus manos una porcion del porvenir de la religion y de la Francia: « Hay pues, decia, en la obra de San Luis, si se hace bien y con espíritu de verdadera fe y de verdadero amor de Dios, con qué *renovar en todo el reino la perfeccion del Cristianismo*. »

La fundadora les recuerda expresamente que, estando como están á la puerta de Versalles, no hay medio para ellas entre ser un establecimiento muy regular ó uno muy escandaloso: « Haced que vuestros locutorios sean inaccesibles á toda visita superflua... No temáis ser algo hurañas, pero no seáis altaneras. » Tambien les aconseja una humildad más absoluta de la que obtendrá: « Desechad el nombre de Damas, y complaceos en llamaros Hijas de San Luis. » Insiste particularmente acerca de esa virtud de humildad que ha de ser siempre la parte débil del Instituto: « Sólo os conservaréis por la humildad; es menester expiar toda la grandeza humana que ha habido en vuestra fundacion. » Sea lo que quiera de las leves imperfecciones de que no supo garantizarse el Instituto, es lo cierto que persistió hasta el fin en las líneas esenciales, y se reconocerá que ya era algo respetable en la fundadora de Saint-Cyr eso de edificar constantemente sobre tales cimientos, en vista del siglo XVIII, ansioso de nacer ya, y en un tiempo en que Bayle escribia de Rotterdam, á propósito de no sé qué libro: « Tanto en este como en otros varios libros que nos llegan de Francia, se hace extraña pintura de las mujeres de París. Segun dicen, se han hecho muy aficionadas al aguardiente y al rapé, sin contar los demas excesos de que las acusan, tales como tiranía hácia sus maridos, orgullo, coquetería, murmuracion, impudicia, etc. Vosotros no veis en Francia libros donde se trate tan mal á nuestras mujeres del Setentrion. » (Carta del 21 de octubre de 1696.)

Y no era Bayle el único que escribía estas cosas, sino que también madama de Maintenon lo decía, reconociéndolo como verdadero, en los consejos que daba á una señorita que había salido de Saint-Cyr : « No estéis jamás sin corsé, y huid todos los demás excesos tan comunes en el día, aun entre las solteras, como el comer demasiado, el tomar tabaco, beber licores ardientes, mucho vino, etc. ; bastantes necesidades verdaderas tenemos ya sin que inventemos otras nuevas tan inútiles y nocivas. »

En presencia de esta sociedad que tan bien conocía, no se crea que madama de Maintenon quería formar plantas sobrado tiernas, mujeres débiles, ingenuamente ignorantes y de moral de novicias; nadie tenía un sentimiento más profundo de la realidad que ella. Deseaba que las Maestras hablaran sin empacho á sus alumnas del estado del matrimonio, y les mostraran el mundo y sus condiciones diversas tales cuales son : « La mayor parte de las religiosas, decía, no se atreven á pronunciar la palabra matrimonio ; San Pablo no tenía ese falso miramiento, pues habla de él muy francamente. Y ella era la primera que hablaba de él como de un estado honesto, necesario y arriesgado : Cuando vuestras señoritas hayan pasado por el matrimonio, ya verán que no es cosa de risa. Es preciso acostumarlas á que hablen de él formal, cristiana y aun tristemente, pues es el estado en que se experimentan más tribulaciones, aunque sea de los mejores, y conviene que sepan que más de las tres cuartas partes son desgraciados. » Y respecto del celibato, al cual muchas jóvenes podían quedar reducidas, por falta de dote y de fortuna, cuando salieran (pues « de lo que carezco sobre todo, decía graciosamente, es de *yernos* »), también veía en él un estado triste. En general, nadie ha tenido jamás menos ilusiones que madama de Maintenon. Hablando de los hombres, opinaba que eran rudos y ásperos, « poco tiernos en su amistad luego que deja de guiarlos la pasión. » Por lo que toca á las mujeres, sólo tenía también acerca de ellas ideas muy fijas y poco lisonjeras : « Las mujeres, decía, jamás saben más que á medias, y lo poco que saben las hace comunmente altaneras, desde-

ñosas, parladoras y melindrosas en las cosas sólidas. » Se ve pues que si se hubiese practicado la educación de Saint-Cyr, después de reformada y según el pleno y verdadero espíritu de madama de Maintenon, no habría pecado por exceso de timidez, debilidad y graciosa ternura, pues la austeridad estaba en ella nada más que disimulada.

Luego que se realizó esta reforma en Saint-Cyr y cuando ya se hubo borrado poco á poco la triste impresión que produjo en aquellas mismas que se sometieron á ella, todo entró en el orden y la alegría halló lugar como antes en medio de la vida uniforme y ocupada. Madama de Maintenon tenía, lo repito, el don de la educación, y no quería tristeza en ella; jamás suele haberla en lo que se hace gustosamente, con abundancia de corazón y en el buen camino. En un momento ú otro, la alegría, que no es sino la expansión del alma, aparece de nuevo y no cesa de circular al través de las acciones. Madama de Maintenon contaba mucho con las recreaciones para formar agradablemente á las alumnas, para advertirlas de sus defectos y captarse su confianza sin parecer que la buscaba. « Eso es, decía, lo que establece la unión en una casa y quita de ella las parcialidades ; eso es lo que liga á las maestras con sus discípulas ; allí es donde una superiora se hace querer y da expansión al corazón de sus hijas proporcionándoles algunos placeres, allí es donde se dicen cosas edificantes sin causar fastidio, porque se mezclan con la alegría ; *allí es donde cambiando se siembran buenas máximas.* » En todas ocasiones pide á las Maestras que ella ha formado el talento de la recreación tanto como el de la clase : « Haced que vuestras recreaciones sean alegres y libres, y se vendrá á ellas. »

Luis XIV, en Saint-Cyr, se muestra lleno de encanto, de nobleza siempre y á veces de cierta hombría de bien que sólo allí tuvo. En los momentos solemnes, interviene como rey : cuando se juzga oportuno reformar las Constituciones, las lee de nuevo y pone la aprobación de su mano propia ; cuando es preciso alejar á las Damas recalcitrantes, tales como madama de La Maisonfort y algunas otras, y emplear al efecto letras patentes, sabe que el corazón de las Damas está afligido